

PEDRO GARCÍA CABRERA

UN POETA PARA LA ESCUELA DEL SIGLO XX – XXI, Y MÁS ALLÁ

Recuerdo que la primera vez que me vi delante de unos niños, en una escuela unitaria, no sabía qué hacer con ellos. Y eso que estuve preparando muchos días antes una programación completísima.

Indecisa, escribí en la pizarra, para los niños que ya leían, un precioso poema encadenado de Juan Ramón Jiménez, que dice:

*“El chamariz en el chopo,
el chopo en el cielo azul,
el cielo azul en el agua...*

... y seguía encadenando versos con el agua y la belleza del río al amanecer.

¡Qué bonito pensé! Y estaba convencida de que mis conocimientos poéticos de la generación del veintisiete me serían de gran ayuda, hasta que un niño me preguntó:

-¿Seño, qué es un chamariz?

Y otro, añadió:

-¿Y qué es un chopo?

En seguida les expliqué qué era un chopo, y aproveché ese momento para comenzar con el manejo del diccionario y buscar “chamariz”.

No lo encontramos, pero deducimos lo que podría ser. Puesto que estaba en un árbol, sería ave o insecto.

-O veneno del que echan las avionetas –añadió un niño. En esa época, década de los setenta, las avionetas pasaban sobre la escuela fumigando los tomateros cercanos, y, sin ningún miramiento, nos lanzaba el último chorro a modo de

saludo, dejando a las pocas plantas del patio con ramalazos blanquecinos. Prometí a los niños que el lunes siguiente, sin falta, traería la respuesta de lo que era “el chamariz”.

El desasosiego me impedía dormir. Todo un mundo de ilusiones para convertirme en una buena maestra se me venía abajo. Tropecé de pronto con la bocanada de realidad que ya habían sufrido otros compañeros: la realidad de los niños y la que nos mostraban los libros no tenían nada que ver. ¿Qué hacer entonces?

¿Por qué comenzar explicándoles a los niños la belleza del amanecer en un río si apenas lo habían visto? ¿Por qué no comenzar con el amanecer que tenían delante de sus casas sobre las dunas de Maspalomas? Era de una belleza única y distinta cada día. ¿Por qué no hablarles de unos pinos jugando con la brisa, o del atardecer en la cumbre? ¿Por qué no contarles que el mar es la puerta abierta a los sueños y nos impregna con sus colores?

Estaba repitiendo los errores que habían cometido mis maestros conmigo: hacer lo contrario a lo que dice la pedagogía.

No podía comenzar partiendo de cosas desconocidas para que comprendieran y amaran lo cercano.

Pero no tenía textos ni palabras para cambiar el sistema.

Aquel sábado fui a la biblioteca muy temprano. Tuve la inmensa suerte de encontrarme a mi querido y respetado profesor don Antonio Cabrera Perera, y le hablé del dichoso “chamariz”, cuya palabra no encontraba en parte alguna. Él me contestó que la palabra era un localismo. Se trataba de un pajarillo muy común en Palos de Moguer, el pueblo del poeta, y que todos los días iba a cantarle a su ventana. Le gustaba tanto que lo universalizó en sus bellísimos poemas.

Le hablé también al profesor de mi desazón por la falta de textos que hablaran de Canarias y él me dijo:

-¿Qué pasa con Pérez Galdós y sus cuentos o sus Episodios Nacionales?

-Son demasiados elevados para Primaria –le dije—. Necesito poemas que se acerquen a los niños, con un vocabulario que entiendan o hayan oído a sus familiares y amigos.

-Pues entonces lee a Pedro García Cabrera.

Pedí prestado su libro “Líquenes” (editado en 1928) en la biblioteca y lo leí ese mismo día. Me quedé maravillada y agradecida ¿Por qué nadie me lo había mostrado antes para que lo trabajara con los niños?

Volví a la escuela con los ánimos renovados y comencé a trabajar con mis alumnos la lectura de sus poemas:

El tierno encanto lírico de Lorca, Alberti y Juan Ramón Jiménez estaban contenidos en los maravillosos versos de Pedro García Cabrera. Su niño asomaba como una llamarada de alegría, invitando a los demás niños a soñar.

Estudié Magisterio, y en la Universidad no me hablaron de Pedro para La Escuela.

¡Papá, papá, que el barquito
se me lo llevó la playa!
Dame tu bastón, papá,
para castigar el agua.

La tarde estaba sentada
con su sombrilla de seda
en la arena de la playa.
El sol le hablaba de amores.
La tarde no contestaba.

Una barquilla le dijo:
-Contigo, ¡qué dulce el agua!
Y todo el mar fue de azúcar.

En el tapete del mar
el cielo con sus estrellas
está jugando a los dados.
Y el faro sigue en sus trece
guiñando el ojo a los barcos.

...Qué solita está la mar.
No la apuñala ni un barco.

Por un sendero salado
camina que te camina
en un caballo de mar,
amazona una sardina.

En el puñal de su vientre,
un peto de plata viva,
y en las aletas, las riendas
de una seda submarina.

Por un sendero salado,
camina que te camina,
hacia el reino de las algas,
amazona una sardina.

¿Al norte? Vamos al norte.
¿Al sur? Pues vamos al sur.
Como sea sobre el agua
yo voy donde vayas tú.

Me aprendí sus versos de memoria y se los enseñé a mis alumnos. Después leí sus otros libros.

Este gran poeta canario es mucho más que un poeta comprometido políticamente con su pueblo. También nos ha dejado la sencillez optimista de sus versos de niño enamorado del mar de sus islas y su paisaje. Sus Alondras son homenajes llenos de amor a las cosas cercanas y concretas, con una mirada ilusionada y repleta de esperanzas; un regalo de palabras cercanas y cariñosas, comparaciones y metáforas, para que los niños las descubran, las sientan y las vivan en el paisaje, en la escuela, en su vida diaria. Las comparo a las odas de Neruda o a las canciones de Lorca.

Alondra a las letras castigadas, a la niña distraída, al llanto de la golondrina, al mirlo y al ciruelo en flor, a la amapola raptada, a la nubecilla mimosa. Alondra del avión en vuelo...

Estudié Magisterio, y en la Universidad no me hablaron de Pedro para La Escuela.

El recorrido poético de este creador atlántico es asombroso e inagotable. Bebe de las principales tendencias estéticas de vanguardias de su tiempo, del modernismo de Rubén Darío o José Martí y el de tantos otros, con sus manos tendidas a la sensibilidad, a la fantasía y al buen gusto. Todas brillan en el libro "Días de Alondras".

PEDRO GRACÍA CABRERA es mucho más para la escuela. En sus libros "Vuelta a la isla" o "Las Islas en que vivo" descubrimos partes de nuestro ancestro cultural dibujado con palabras. Y profundizando en esas palabras, vemos la clave de su credo poético: amor a su pueblo, al mar, al paisaje, al entorno, a la historia, memoria viva de unas islas en las que vivimos y que deseamos conservar.

Ya me jubilé como maestra, y la Universidad sigue ignorando a Pedro García Cabrera como el poeta de La Escuela.

Pepa Aurora, marzo de 2024.